

B I B L I O G R A F I A

STORNIA. *Revista de Historia - Etnología y Folklore*. Director Propietario: Julio S. Storni. Secretaria Técnica: María L. S. de Enrich. 1951. Tucumán, R. A. Año 1 - N° 1. 4° - 128 pp.

Para los pesimistas, para quienes nuestra cultura no se alza un punto sobre la medianía, este libro va a ser revelador. Su autor felizmente se ha mantenido inmune del contagio de la *Hora Veinticinco* y allá en su insula tucumana ni ha oído hablar de Sartre y de su existencialismo, ni le preocupan los diceres de los hombres que hablan de crisis o de guerras, próximas o remotas. Ciertamente es que, en medio de la turba-multa de libros vulgares y de revistas cosmogónicas y de panfletos plenos de condimento picante, este libro, pues es tal, aunque se intitule revista, es un oasis de frescura en medio del desierto, es una quebrada siestera en medio del páramo, es un ombú en medio de la pampa.

Su autor vive en un ambiente profunda y ampliamente filosófico, y por eso, sin duda, lidia sin tregua contra la mediocridad, contra la idiotez y contra la taradez. Ingenioso, brillante y fecundo en recursos literarios, históricos, filosóficos y sociales, tiene la valentía para arremeter contra todos los molinos de viento, y tiene la osadía para sentir lo que dice y para decir lo que siente, aunque prevé, claro está, que algunos comentarán su libro-revista en son de chunga y algunos rapazuelos tucumanos, si llegan a leer sus páginas, se referirán a baldosas flojas o aludirán a las banderas de remate. Pero ¿quién hace caso de esos señoritos de sociedad, ignorantísimos y petulantes?

Stornia es nominativo del plural, terminación neutra, de stornius, stornia stornium y, según me dice el Sr Cura de la Parroquia, equivale a las cosas stornianas o a las cosas de los Storni. Efectivamente colaboran en este tomo Julio S. Storni, María L. S[torni] de Enrich y Alberto Fernando Storni. Es, pues, la revista de los Storni, y de ahí lo acertado del título, no obstante su aparente oscuridad. Si tres italianos constituyen un Conservatorio Musical y tres alemanes una Cervecería, bien puede aceptarse que tres Storni constituyan una *Stornia*, esto es, una revista que lleve "a la cultura equilibrados elementos de juicio", y de los libros, que se publicaren, haga "una alta crítica en sus páginas", ya que la flamante revista *Stornia* tiene por uno de sus fines "impulsar y dar calor a toda inspiración americanista, en el anhelo de consolidar y reivindicar la potencia espontánea, fluyente de su origen mismo...".

El primer número de *Stornia* es tan desequilibrado, tan desigual, que parece un bric a brac de artículos inconexos, pero, como se lee en la *Presentación*, esta "desconexión aparente entre unos y otros, responde a una unidad, ésta: el que para mí son postulados, verdades o aspiraciones que la historia ha de reconocer y poner en su sitio exacto, manifestaciones, que me sitúan de frente y cara al sol, para que quienes lean estas páginas sepan de primer intento, cuál es la postura firme y consciente de mi personalidad intelectual, de mi criterio ciudadano, de mi juicio ante la historia, ante los hombres y ante las previsiones del futuro".

Puede escribir todo esto y mucho más, quien ha podido decir de sí mismo: "He defendido y realizado la vida democrática universitaria.

"Yo he realizado obra, pensamiento y acción, desde la Patagonia a Misiones, con fervor y perseverancia cultural.

"Nunca eludí a las responsabilidades de una política elevada, con carácter y fuerza democráticas, desde la tribuna pública, desde la cátedra, desde la prensa, en el hogar, en la calle, en el club, y como revolucionario desde mis 19 años.

"He detestado las improvisaciones, comencé a trabajar desde los 13 años y a estudiar a fondo desde los 17.

"En multiplicidad de responsabilidades, mi empresa ideológica e intelectual está vinculada a la vida internacional, ya en presencia de la tragedia europea, ya en soluciones de índole económica, para un mejor entendido intercambio comercial.

"Hace más de treinta años, que plantié en un libro la defensa de la teoría de Ricardo, sobre el jornal normal, en beneficio de la clase trabajadora, retribución integral del trabajo, por la vivienda, por la higiene, por las satisfacciones y los estímulos.

"Con sistema propio, fundado en la doctrina democrática, mi acción puede palparse en provincias y territorios argentinos, mis escritos están registrados en las principales bibliotecas del país y del extranjero; mi vida, a la vista y paciencia del prójimo, sin desfallecimientos hasta ahora.

"He llegado hasta la Filosofía con adhesión a ideas e ideales conocidos, pero perfeccionados, a hechura de mi espíritu, con lucidez y método propios".

Todo esto lo ha podido decir el Director Propietario de *Stornia*, y no obstante se cometió la alevosía de hacer doctores *honoris causa* a unos extranjeros, mientras que nadie pensó en él. Por eso pudo agregar sin eufemismos monjiles:

"Fundador de Institutos de cultura, me tengo por maestro, por propia voluntad, por idiosincrasia, por temperamento, por vocación, y por una emoción que me es reconocida entre la juventud en todo el país: mi casa, mi corazón, mi brazo, mis libros y mi voluntad permanente, han estado y están siempre con la juventud.

"El Consejo Universitario, uno a uno cada Consejero de la Universidad sabe quién soy, conoce mi obra y el que se llame a ignorancia puede ver la comprobación documenta, desde 50 años atrás, cuando rompí el anonimato, sabiéndome alguien en la docta ciudad de Córdoba".

Pero volvamos al contenido de la *Stornia*.

"Alberdi, Sarmiento y yo" es uno de los estudios novedosos y profundos de esta *Stornia*, y en el curso de sus páginas aporta su autor nuevos valores, concretos y vivos, a la galería de próceres argentinos, en vez de confundir en montón, como se suele, lo sublime con lo trivial, lo egregio con lo banal. En las escuelas se sigue con la rutina de repetir día a día los mismos nombres y los mismos fragmentos de lectura, pero ya es tiempo de que en las escuelas se enseñe también el nombre de otros argentinos", y cae de su peso, por la natural gravitación de los hechos, quién ha de ser uno de los primeros en esa nueva repartición de glorias. "Pienso, leemos al final de la p. 32, que mi posición tiene analogías con la de Alberdi, a quien si hubiera sido por Mitre o Sarmiento, no le quedaba ni la perspectiva de un Juzgado de Paz en campaña. Pero insisto, seguiré haciendo de sembrador". Tal vez deba leerse: *a quien si no hubiese sido...*

A propósito de Sarmiento tiene el señor Storni unas expresiones valientes y debeladoras de rancias preocupaciones: "De ninguna manera me acreditan mé-

ritos para disminuir la potencialidad cerebral y la excelencia cívica de Sarmiento, pero como domino la historia y sé filosofía y no me son extrañas las preocupaciones de justicia social, pienso que, de cuando en cuando, hay que sofrenar a estos destacados pensadores que se creen los únicos facedores de la Patria.

Después de todo lo dicho y como síntesis de lo dicho, hemos de felicitar al autor por algunas de sus monografías, de gran actualidad, como la intitulada "Burritos Milagrosos" (pp. 22-23), y la denominada "Correr Burros" (pp. 24-26) y sobre todo la asnal, rotulada "Relinchos y Rebuznos" (pp. 20-21). El tema burrero parece ser de la simpatía especial del autor. Sin duda que el paciente borrico es todo un símbolo, aunque tan despreciado por las gentes superficiales.

Como ve el lector, *Stornia* es una publicación seria, sólida y sabia, y no dudamos que tales serán las características del N^o 2 del tomo 1^o, que parece no haberse aún publicado, y tales son, sin duda, las dotes del libro, que ya está en venta, según parece, en el que el autor prueba que el Obispo Colombres nada tuvo que ver con la introducción de la caña de azúcar, como Trejo nada tuvo que ver con la fundación de la Universidad de Córdoba. Ya era hora que las leyendas cedieran el paso a la historia, y aparecieran hombres libres y valientes que desgarraran las negras nubes e hicieran que el sol de la verdad iluminara con los raudales de la misma las mentes oscuras de quienes están al servicio de los fugitivos intereses de tal o cual secta o Academia.

JUAN J. SONET

RICARDO LEVENE. *Las Indias no eran colonias*. Buenos Aires-México. 1952. Espasa-Calpe. Colección Austral.

Pocos escritores han logrado en la mínima reducción de un tomo que no alcanza a las doscientas páginas, la síntesis de un tema tan complejo como éste. Acostumbrado el lector, por lo regular, a los solemnes infolios que doctos juristas desde muy antiguo entre latines y romances, compendiaban en "políticas" famosas; y que hoy en un librito moderno, prácticamente de bolsillo, el Dr. Ricardo Levene nos ofrece con el significativo título, de "Las Indias no eran colonias".

Pero este libro tan pequeño en volumen encierra en cambio hondos problemas que agitan hoy la conciencia histórica del mundo, y decimos del mundo, porque se trata, nada menos, de la historia jurídica de América, directamente enlazada con la historia universal desde el día de su descubrimiento, como que dió nacimiento a nuevas normas en la economía, la política y el derecho.

Es demasiada conocida la repercusión que tuvo en el mundo la prédica de Las Casas, sobre todo entre los enemigos de España, elegida aquella polémica con Sepúlveda como uno de los principales recursos de la "guerra fría", con que otrora políticos y gobernantes de antaño, solía ya dirimir las contiendas de antemano. Esa guerra la ganó la Reforma y quiso el destino, como ogaño, que fueran sus hombres los que escribieran las memorias del vencido, con todo el rencor de cien años de lucha.

Estas "ideas hechas" cristalizadas en tres siglos de prédica constante, en el libro y en la cátedra, dejaron como era natural, un sedimento profundo, una especie de "Substratum memoriam" de donde arrancan todos los prejuicios con-

Catálogo de documentos de Museo Histórico Nacional. Buenos Aires, 1952.

T. 1, 558 pp. - Años 1605 - 1869; Fichas 1 - 4378.

T. 2, 584 pp. - Años 1870 - 1879; Fichas 4379 - 9029.

Ambos volúmenes han sido publicados por el Museo Histórico Nacional y, por ende, por la Dirección General de Cultura, del Ministerio de Educación de la Nación.

Es ciertamente alentador el comprobar que en estos momentos de opacidad cultural, cuyas causas son sin duda múltiples y complejas, hay quienes hayan emprendido y llevado a cabo una labor modesta, pero utilísima, y hay quienes la hayan secundado con toda generosidad.

Nuestros archivos, bibliotecas y museos albergan, en su seno, tesoros del pasado, ya en folletos rarísimos, ya en manuscritos de valía, ya en objetos de luengo y glorioso abolengo, pero su existencia es desconocida, aun a los estudiosos. Los catálogos, impresos o manuscritos, son escasos y, por lo general, deficientes. Tomemos uno, al azar: el *Catálogo del Museo Mitre*, y reconozcamos que es un verdadero bodrio, una guía que de nada sirve, y en más de un caso, sólo puede llevar al error y al confusionismo. Pululan en él los errores de toda índole. ¡Desgraciado quien quiera conocer los ricos veneros del Museo Mitre, mediante ese elenco!

Pero el Museo Mitre cuenta con su Catálogo, sea éste bueno, mediocre, malo o malísimo. ¡Lo inverosímil es que el Museo Histórico Nacional poseyera miles de documentos, sin inventario alguno, y sin que los estudiosos pudieran aprovecharlos! O los directores de esa repartición cultural no se habían percatado de la existencia de ese rico fondo documental, o no le habían prestado atención. Se dice y se repite que culturalmente vamos a la deriva de los demás países americanos, y ese aserto no parece falso ni exagerado, pero este solo hecho pone de manifiesto que no es, a estos últimos años, como algunos creen, que se debe este atraso vergonzoso. Ya van muchos lustros que optamos por la segunda parte del subtítulo del *Facundo* de Sarmiento.

Con un sentido práctico, digno de todo elogio, el actual Director del Museo Histórico Nacional, señor José Luis Trenti Rocamora, nos ofrece, en los dos tomos publicados, la noticia sintética, pero suficiente, de más de 9.000 documentos. Copiamos tres fichas, para que el lector se forme idea del procedimiento:

948. — 1818 Diciembre 5, Tupiza. José de la Serna al Presidente del Cuzco, Pío Tristán. Le comunica la acción de Cochabamba, donde Ostría derrotó a Arias, Beloz y Mercado, y el apresamiento de Callejas y su partida en Moxocoya. (O. 3 pp. N° 11075).

949. — 1818 Diciembre 6, Tupiza. José de la Serna al Presidente del Cuzco, Pío Tristán. Le comunica que Valdez derrotó al enemigo en Cinti, que Germán llegó a San Pedro de Atacama, la Alta, consiguiendo desalojar de ese pueblo a doscientos hombres. (O. 2 pp. N° 11076).

950. — 1818 Diciembre 8, Londres. Hullett Hermanos y Compañía a Bernardino Rivadavia. Hacen observaciones sobre un empréstito y anuncian que el proyectado para Venezuela ha fallado. Que Valientes les entregó el plano de Buenos Aires y el retrato de San Martín. Que el proceso en la causa de la "Hércules" será largo. (O. 4 pp. N° 479).

El número que antecede a la ficha es la del orden correlativo del Catálogo, y el que se halla al final es el que lleva el documento en la colección de manuscritos. La O indica que es original, y no copia o borrador. Sabemos que al final del tercer tomo habrá un copiosísimo índice de autores, según se promete, lo que dará a este catálogo un valor inestimable.

Digamos aquí que los documentos más importantes, consignados en estos dos catálogos, aparecerán, en su integridad, formando parte de otra serie, de la que el señor Trenti Rocamora lleva ya publicado el primer tomo, con el título de *Selección de documentos del Museo Histórico Nacional*, Tomo 1, Buenos Aires, 1952 (4º - 320 pp.), y en el que se publican, por primera vez, escritos diversos de San Martín, de Belgrano, de Alvarado (R), de Alvarez Thomas y de otros próceres o guerreros de la Independencia. Este volumen, con ser tan meduloso, es sólo el primero de un lote de tomos, que irán apareciendo.

Queremos terminar estas líneas, con nuestros más sinceros y expresivos plácemes al señor José Luis Trenti Rocamora por esta doble publicación, y no dudamos que todos los estudiosos, sin excepción, aplaudirán, al par de nosotros, su excelente labor en pro de la cultura histórica nacional.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

ANDRES MILLE. *La Recoleta de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1952.
8º - 394 pp.

Es éste un libro que excede por su importancia los límites naturales de una nota bibliográfica: pulcramente presentado, amena y documentadamente escrito, su autor cumple ampliamente el propósito que expresa en las primeras líneas de la obra: despertar o reavivar el deseo de conservar el Monasterio e Iglesia del Pilar, para dedicarlos a Museo de la época. Es éste un libro que denota una profunda versación en los tópicos que aborda, repleto de datos y citas, y en el que el señor Millé, con el auxilio de otros no menos estudiosos, ha desentrañado de nuestros archivos, y aun de archivos extranjeros, datos y más datos, que dan firme asidero a sus afirmaciones tanto de carácter histórico, como técnicas. Algunos de esos escritos, bueno es anotarlos, se dan por primera vez a la publicación y otros han sido facilitados al autor, quien en cada caso, con escrupulosa minuciosidad, consigna la fuente y origen.

Comienza con la labor realizado por el mismo, en el edificio, desde el año 1930 hasta el de 1945, señalando amenamente los procedimientos seguidos para restaurar el Templo y el Monasterio con los mismos elementos con que fué construido y, cuando ello no pudo hacerse, adaptando los actuales, para dar siempre sensación de unidad. Es ejemplo notable de este trabajo, el procedimiento seguido en la construcción de puertas y herrajes de hierro, a los que se les han producido intencionalmente deterioros, para darles mayores visos de antigüedad. No puede dejarse de señalar las peripecias, sufridas en la adquisición de azulejos, maderas para el piso, manperlanes para las escaleras y piedra "berenguela" para las ventanas, en todo lo cual, el señor Millé, con verdadera pasión y amor de artista, ha buscado reproducir, con toda fidelidad, la prigenia construcción. En los capítulos siguientes a la introducción, verdadero pórtico digno del trabajo presentado, que llena cerca de un centenar de páginas de la obra, relata, desde los primeros pasos para la fundación del Convento hasta nuestros días. Es una historia repleta de citas y comentarios, en las que no sólo el estudioso, sino el simple lector, hallará sabrosas descripciones que lo situarán, sin duda y sin esfuerzo, en un período de nuestra historia, conocido, las más de las veces, por el trabajo de glosadores exclusivamente. La ya citada transcripción de documentos, algunos de los cuales aparecen fotografiados nítidamente, cartas, reales cédulas, etc., etc., dan al lector una clara visión del ambiente en el que se desarrollaron los hechos y muestra, por

sobre todo, en una rapidísima biografía de Juan de Narbona, personaje poco estudiado por nuestros historiadores, que la tenacidad corona siempre los esfuerzos que se realizan, cuando su autor se olvida de sí mismo y olvida, a la vez, a sus propios detractores o enemigos, sin engreírse por los triunfos parciales y pequeños de su obra.

Juan de Narbona, hombre casi de leyenda, se nos presenta así en todo su generoso desinterés, destacándose del grupo de mediocres que le rodeaba, adquetip-o del hidalgo español que todo lo da y todo lo hace, en aras de su ideal y al que el premio llega, si es que llega, después de haber transpuesto su autor los umbrales de la vida terrena.

Obras, como la que comentamos, son de urgente necesidad en nuestro medio y en nuestro mundillo histórico, y la labor de su autor, tanto en el aspecto técnico, que no nos toca aquí elogiar, como por la seriedad histórica con que fué encarado, muestran una línea de conducta que puede ponerse sin reparos a la consideración y ejemplo de los jóvenes, que comienzan con ansias de victorias y glorias, que por demasiado rápidas son generalmente tan poco sólidas como desgraciadamente fugaces.

:

DARÍO LUIS HERMIDA

PIVEL DEVOTO, JUAN E. *Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811*. Montevideo, 1952. 49 - 264 pp.

El conocido investigador uruguayo reúne, en esta obra, los prólogos que escribiera para los volúmenes, que ha editado la *Comisión Nacional Archivo Artigas*, y que contienen la documentación relacionada con la actuación del prócer uruguayo anterior a 1811.

Con este propósito, para poner marco al personaje estudia los distintos problemas sociales, económicos y administrativos que determinaron la revolución de 1811: la organización de las estancias, la explotación de las haciendas, el arrendamiento de la propiedad, etc. Estos son algunos de los temas que surgen como evocaciones necesarias alrededor del héroe.

Las vaquerías clandestinas, el contrabando de los cueros, y la organización humana, en estado de lucha solapada, favorece la formación del espíritu libertario del criollo. La Banda Oriental, sostiene Pivel Devoto, nació a la vida económica, merced al impulso de esas vaquerías incontroladas, por la fuerza de un instinto vital que se sobreponía a las restricciones de un régimen ya caduco.

Surge entonces, en 1797, el cuerpo de Blandengues, que recoge a los voluntarios que provenían de ese medio social. En ese mismo año, Artigas se incorpora a las fuerzs del orden, iniciando así su carrera militar, hasta llegar a ser vigilante centauro, el celoso defensor del orden colonial.

Sigue luego las luchas fronterizas con Portugal y es entonces cuando Artigas comienza a mostrar sus dotes de conductor de hombres. Infatigable, sobrio en palabras, generoso, desinteresado, se mueve durante los años 1804 y 1805 con asombrosa energía, a lo largo de la frontera, beneficiando notablemente a los indefensos hacendados.

Los intentos para ordenar la vida social en la campaña uruguaya son estudiados detenida y profundamente por el señor Pivel. El conjunto de observaciones de Azara, de Soria, de Lastarria, lo mismo que la situación de los pueblos misioneros, aclaran muchos planteamientos posteriores. Las dificultades para la defensa de las fronteras, no puede realizarse sin grandes gastos, que sólo se pueden

cubrir con impuestos; las luchas por los principios dentro del cuerpo de los hacendados, la resistencia de los ganaderos a las reformas, determinan una actitud decididamente revolucionaria.

A los problemas rurales se agregan los económicos, que giran alrededor del puerto de Montevideo. Las luchas para liberarlo de la sujeción al Consulado de Buenos Aires, la represión del contrabando, el régimen monopolista en lucha con las nuevas tendencias del liberalismo, y los intereses múltiples del comercio de esclavos completan el panorama de la dinámica social y económica de la vida hispana en la Banda Oriental, con anterioridad a 1811.

Acompaña a este proceso la puntualización de los contactos con la Metrópoli, mostrando lo inadecuado de todo el ordenamiento colonial a la realidad política, económica y militar de la Banda Oriental, lo que da motivos para que, a cada paso, surjan las divergencias.

La Misión de Nicolás Herrera ante la Corona, el análisis de algunos aspectos de las invasiones inglesas amplían las proporciones del cuadro con límites insospechados y sirven de pórtico a la Revolución. Los acontecimientos se precipitan; las ideologías se entrechocan. El problema de los títulos de la propiedad rural agudiza la situación, mientras los viejos antagonismos localistas adquieren esencia política y definen la revolución al encontrar un Jefe preparado en el criollo Artigas.

Esta es, en síntesis, la excepcional obra del austero e infatigable investigador. Sin entrar en juicios y sin acotaciones literarias, avanza seguro y sereno, construyendo la historia, ampliando para ello las ideas polarizantes, que brotan de los documentos y que sirven de irrefutable fundamento a su singular tarea.

JUAN CARLOS ZURETTI

GUILLERMO FURLONG S. J. *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata, 1536-1810*. Kraft, Bs. As., 1952. 578 págs. en 4º.

El signo de madurez de los pueblos comienza a esbozarse, cuando éstos comienzan a volver al pasado, concientes del peso de una tradición más o menos ponderosa, para ver cómo pensaban la vida sus primeros forjadores. Es indudable que han sido, son y serán siempre las ideas, las que rigen el destino de los pueblos. Y las ideas no son cosas que se crean en un instante, por disposiciones ejecutivas y burocráticas (aunque así parecen pensarlo gran parte de nuestros coetáneos, según muestra la experiencia moderna), sino que se gestan lentamente a través de los años, que son el mejor factor de madurez y asentamiento de todo valor auténtico. Cuando un pueblo siente necesidad de volver su vista a las ideas, y no sólo a los hechos, que fecundaron su grandeza, podemos decir que ese pueblo ha llegado a la mayoría de edad. Los pueblos se orientan de una u otra manera en los caminos de la historia, según sea su concepción del hombre, del mundo y de la vida que se profese en la base de todas las actividades específicamente humanas. Ahora bien; toda concepción antropológica y cósmica, encuentra su más perfecta y viva expresión en la Filosofía. Es ésta su cabalgadura y sus arrestos más característicos.

La investigación de las ideas filosóficas que reptan en lo más profundo de toda cultura a través de su desarrollo histórico, es la que en último término está facultada para decirnos a qué estirpe pertenecemos, qué sangre llevamos en las venas, qué dinamismo y hacia dónde nos orienta. La exégesis de las ideas que orien-

taron los primeros pasos en nuestro camino histórico como nación libre e independiente, es un trabajo intentado en diversas ocasiones, a veces con acierto, las más con aberraciones desconcertantes y patológicas, índice más de espíritus vulgares que de una inquietud seria y sana por conocer qué somos. La obra del P. Furlong que hoy presentamos, es la primera que en una forma total, con profundidad de pensamiento, con seguridad histórica y equilibrio interpretativo, descubre el panorama de las ideas que anidaron en nuestro suelo desde su nacimiento a la cultura cristiana hasta la época de la emancipación; nos dice con la seguridad irrefutable de los hechos, de qué prosapia descendemos; aclara finalmente el tan borroneado y enlodado pasado por prejuicios infraracionales, y cordialidades poco equilibradas. En una palabra (y aquí finca su valor sin precedentes), es ésta la primera obra que, sobre todo lo histórico, y no sobre elucubraciones funambulescas, reedifica nuestro pasado en el orden de las ideas; al decirnos cómo pensaban nuestros mayores, nos dice cómo formaron nuestro solar.

El examen de las ideas filosóficas en el Río de la Plata durante la colonización hispánica, había sido intentado en forma más o menos acertada aunque parcial, por Martínez Paz, Zuretti, y otros pocos; también en forma fragmentada, pero despojado de toda crítica científica, y encarado en forma reaccionaria, por pensadores que por la fuerza de su misma argumentación denotaban o una lamentable impotencia intelectual o un más deplorable dogmatismo; me refiero a Korn, Ingenieros, Barreda Laos, Orgaz, Quesada, Fidel López y otros. No pudiendo detenerme sobre la severa exégesis que hace nuestro historiador de las afirmaciones de los citados escritores, remito a la obra misma de G. Furlong. Por otra parte, comienza hoy día a retoñar la verdad sobre muchos mitos históricos e ideológicos creados en nuestra patria. Vive nuestro mundo la edad de los mitos; nadie puede vivir sin crearse un mito. Muchos ambientes intelectuales de "galerie", no han podido evitar esa categoría de la historia contemporánea, y ha creado en torno a Korn e Ingenieros principalmente, un ambiente de luminosidad tenebrosa, cuya candidatura intelectual sostienen, no porque sean creadores de ideas o principios (pues los reconocen vacíos de ellos), sino porque dicen ser "símbolos" de una renovación. Como si el símbolo sirviera para algo, cuando se desconoce la idea que pretende simbolizar!

Entrando ya en el cuerpo de la obra de Furlong, sólo señalaré los dos pilares fundamentales sobre los que gira todo su estudio; dos hechos ya entrevistos por otros polígrafos, pero aún no investigados con la reciedumbre científica que exige su trascendencia, en ambientes en que las "creencias" contrarias privaban. Me refiero en primer lugar al carácter de las ideas filosóficas durante el período colonial, su libertad de desarrollo y asimilación de las nuevas teorías científico-filosóficas, y en segundo término, a la consecuencia lógica de esa honda incubación de ideas que aflora en los hechos de Mayo y en las ideas directrices de los hombres que nos dieron la libertad.

La conclusión de la lectura de las primeras 550 págs., nos pone ante un hecho no ignorado de los legítimos investigadores, tapujado por algunos, y desconocido por muchos: la existencia de una notabilísima efervescencia filosófica florecida en las regiones del Plata durante el siglo XVII y XVIII, el vigor con que se conservó y acrecentó con los nuevos aportes de la ciencia y las nuevas corrientes filosóficas, y la libertad total y absoluta de pensamiento; libertad superior en mucho a la de la metrópoli, que abrió las puertas a todas las corrientes de la Europa contemporánea, comenzando por el cartesianismo y las teorías de Newton y Copérnico, y terminando por los eclécticos y enciclopedistas más diletantes. Después de presentar el panorama filosófico de la Metrópoli, en la que

tuvo una franca y decidida entrada el cartesianismo y demás corrientes modernas, como en Francia, aunque sin llegar a un arraigo franco en la mente hispana, establece el paralelo con las corrientes americanas, reflejos de aquélla, abocándose inmediatamente al estudio de su desarrollo en el Plata, especialmente en la Universidad cordobesa, centro indiscutido de la intelectualidad colonial. Ciñéndose a una lógica rigurosa, para llegar a conocer las ideas de la época, estudia los libros y los hombres de ella: desde el primer tomito de Erasmo que trajo el adelantado Mendoza al Río de la Plata, y las primerizas elucubraciones de los recién legados tomistas a Buenos Aires, como Guerra, Lizárraga, Loyola y Torres; hasta la luminosa huella dejada por los jesuitas en siglo y medio de enseñanza, comenzada por Juan de Albiz, "primer profesor de Filosofía que en forma estable y orgánica abrió a la juventud cordobesa de principios del siglo XVII las ricas y sabias arcas del pensar profundo y luminoso", seguida por recios y fecundos pensadores como Rubio, Alzola, Torquemada, Hidalgo, Muriel, Falkner, Suárez y Riva. La influencia, más aún, el dominio total de la Escolástica, bajo la guía luminosa de Francisco Suárez, que con toda verdad podemos llamar el filósofo de la Colonia, enseñada por discípulos directos del pensador Salmantino, hacen retoñar con nueva savia la inquietud filosófica. Veremos más adelante cómo el dominio de ciertas teorías de Suárez acerca del poder, es el factor predominante del extrañamiento de la Compañía. Es interesante constatar cómo lo hace el P. Furlong, a través de los testimonios de la época, este dominio de la Filosofía de Suárez; aunque también en ellos aparecen manifiestos los ancestrales ataques sufridos por las doctrinas suaristas y sus defensores, tachados de herejes por sus adversarios ideológicos en cuestiones que la Iglesia ha dejado libradas a la opinión; a pesar de lo cual sigue siendo una posición mantenida aún hoy día, en ciertos círculos "cerrados".

La primera parte de la obra "es el mentís más categórico a las aseveraciones, harto infundadas de escritores adocenados, respecto al supuesto estancamiento de la ciencia filosófica en la Universidad cordobesa a mediados del siglo XVIII". Así es; precedido de Falkner y Muriel, Mariano Suárez, y sobre todo Benito Riva, inicia la enseñanza de las nuevas doctrinas científico-filosóficas; éste, con sus largas y detalladas exposiciones del sistema de Descartes y Newton, muchas de cuyas afirmaciones admite como explicaciones excelentes para explicar fenómenos inexplicables en otros sistemas. Sus críticas a los modernos sistemas es eterna: los antiguos fallaban por falta de experimentación, pero los modernos fallan por falta de metafísica. Su simpatía por el atomismo del P. Lana Terzi S. J., su teoría sobre la materia de los cuerpos, etc., son un signo de que no fueron meros repetidores, sino filósofos que repensaron los problemas. La exposición y documentación que aduce el P. Furlong, no deja duda alguna. Aduciré algunas citas: "...reconozcamos que ellos pisando las huellas de los antiguos, nos han revelado cosas nuevas, y nos han trazado un camino más breve y no menos seguro, para el conocimiento científico". "...ellos han proyectado nuevas luces sobre el campo del saber y guiados por ellos procuraremos escoger lo bueno de estas doctrinas, conciliándolas siempre que sea posible, con las doctrinas tradicionales".

Un texto manuscrito de un discípulo del P. Riva, nos muestra la entereza de la probidad científica y la amplitud de espíritu de estos pensadores frente a la ciencia naciente: "El solo hecho de que los modernos filósofos hayan trabajado afanosamente por descubrir la verdad, es razón bastante para que no prescindamos de ellos". Las largas páginas que aduce Furlong en este sentido, son la

ratificación más seria y probada de la modernidad de la enseñanza jesuítica cordobesa.

La extraordinaria influencia de Francisco Suárez durante el período colonial, y la enorme difusión que tuvieron sus doctrinas, sobre todo, las que miran al derecho de gentes, explican la concepción de los hombres de Mayo, frente a la emancipación. Y es el segundo punto que quería hacer notar. Los cuatro últimos capítulos del libro, doscientas páginas densas, aunque considerados por Furlong como no correspondientes estrictamente al tema desarrollado en la obra, son a pesar de todo, la resultante lógica y esperada de este profundo análisis, y tal vez la parte más sugestiva y vigorosa de la obra. El principio filosófico y jurídico sobre el que giró la imponente máquina de la emancipación, fué la doctrina del contrato social, es decir, la del pacto o contrato existente entre las Provincias del Río de la Plata y los Monarcas españoles. Desaparecida España bajo e dominio napoleónico, quedaba roto el pacto, y por lo tanto los patriotas estaban en posesión legítima del poder, que habían puesto en manos de los Monarcas españoles. Ahora bien, en qué fuentes filosóficas y jurídicas se nutrió el movimiento emancipador, y de quién tomaron sus teorías sobre el pacto? Como ya lo ha probado Levene y lo ratifica ampliamente Furlong, la revolución de Mayo no fué una imitación de la Revolución francesa, ni sus ideas se abrevaron en las teorías rousonianas, principalmente en lo tocante al pacto o contrato. No fué Rousseau, ni lo pudo haber sido, el filósofo de la Revolución de Mayo, sino que fué el español Francisco Suárez. Las continuas y constantes alusiones de los patriotas a las doctrinas del pacto o contrato, cuya enorme influencia en el Río de la Plata estaba fresca, y cuyas doctrinas jurídico-filosóficas, especialmente la que toca al origen del poder de los reyes, eran ampliamente conocidas por los patriotas, quienes se formaron indudablemente en ellas, se refieren indudablemente al concepto de pacto de Suárez y no al de Rousseau.

“Rousseau aún no había nacido cuando los profesores y alumnos cordobeses comentaban la doctrina de Suárez sobre el contrato... En síntesis: según Suárez, la autoridad o soberanía del pueblo puede y debe ser transferible, y puede ser ejercitada por otro, mientras que, en la doctrina de Rousseau es intransferible y no puede ser representada más que por sí misma; según Suárez la soberanía es atributo de toda la comunidad perfecta, pero no de cada individuo, mientras que Rousseau sostenía que la soberanía era de todos y de cada uno, y de tal manera era de cada uno, que ninguno la podía abdicar en otros: esta es la síntesis de la larga exégesis que hace el P. Furlong sobre los textos de Rousseau y de Suárez por un lado, y de las teorías de los patriotas por otro.

“El contrato social de Rousseau es, pues, aquel contrato por el que un pueblo es pueblo, y es pueblo por una deliberación pública y por una convención. Hay que reconocer que los hombres de 1810 ni soñaron en este contrato, y hay que reconocer además que ningún partido habrían podido sacar del mismo, para los fines que se proponían. Ellos se fundaron en el pacto existente entre los Reyes de España y los Pueblos de América, pacto o contrato bilateral, cuyos cargos los Reyes dejaron de cumplir a raíz de la invasión napoleónica. Es precisamente este contrato que Rousseau considera “monstruoso”. Así leemos en su Contrato”.

Las teorías suaristas, predominantes en la época, acababan con la opinión del poder divino de los Reyes, que con una ingenuidad y con fines políticos, sostenían algunos catecismos de la época, como el compuesto por San Alberto Obispo de Córdoba, en 1783, o el compuesto por el Gobernador del Paraguay en 1796. La teoría de que es el pueblo quien confiere el poder de los Reyes, no

era originaria de Suárez. Una extensa y luminosa línea de pensadores jesuitas la venía sosteniendo en Europa en medio de las contradicciones de muchos, aún de hombres de Iglesia. Tales Sá, Belarmino, Mariana, Vázquez, Salmerón, Molina, De Río, Toledo, etc. Suárez fué elaborador genial. Estas teorías, revolucionarias para el absolutismo de los Borbones, son la causa de la quema de las obras de estos pensadores, en Francia en 1791. Más aún; las persecuciones sufridas en las cortes borbónicas, tienen su raíz última en las teorías populistas de los jesuitas, y que resultaron ser la base de las ideas emancipadoras sudamericanas. No es raro pues, que el P. Furlong saque como conclusión lógica (así se lo oímos en una conferencia, no ha mucho) que la causa formal de la expulsión de la Compañía de España y sus Dominios, y de Francia, y de las múltiples persecuciones sufridas en estos países, fuera precisamente la doctrina jesuítica sobre el poder de los soberanos, como quiera que constituía el fundamento de las modernas concesiones democráticas y de la limitación del absolutismo regio, característico de los Borbones, en los últimos siglos.

No me detendré en los patriotas en particular. Remito a la obra de Furlong que en este aspecto, abre panoramas luminosos, desconocidos hasta hoy. La formación escolástica de los patriotas, en el San Carlos de Buenos Aires y en Córdoba, recibida de Rivarola, Fray Cayetano Rodríguez, Montero, es indudable, como asimismo su conocimiento profundo de las teorías de Suárez y su referencia continúa al pacto o contrato del filósofo español. Sus tres últimos capítulos, esperamos verlos desarrollados, dada la trascendencia del tema, en un próximo volumen prometido por nuestro historiador.

La obra gigante del Padre Furlong que presentamos, la más fecunda y la más representativa de su abundante y severa investigación histórica a través de largos años, es sin duda un motivo de complacencia auténtica para nuestra cultura, que sintiéndose segura de una tradición ideológica, que la orientó señeramente desde sus primeros pasos de su vida autónoma, nos hace tomar conciencia de la madurez de nuestro pueblo.

ROBERTO BRIE

EN MEMORIA DEL DOCTOR ERNESTO E. PADILLA. Tucumán. República Argentina. 1952. 129 págs.

En vano buscamos en la sabiduría romana el dictado conveniente. Ni el "vir bonus", ni el "juris peritus", ni el "orator", con abarcarlos a todos, sirven a clasificar la recia personalidad del doctor Ernesto E. Padilla.

Hace falta para concretarla alguno de aquellos epítetos de Homero, con que al nombrar sus héroes, los talla, define y estereotipa hasta convertirlos en símbolos, como han pasado a la posteridad.

Hace falta más. Hace falta, lo único que a su espíritu hubiese sido grato, ya que puso todo su empeño para alcanzarlo, y lo logró luchando el gran combate de la vida. Era el varón justo del Evangelio.

Una larga trayectoria de años intensamente vividos, lo puso ante múltiples y candentes problemas sociales. Y su acucioso ingenio encontró la manera de hallarles solución con beneficio para sus semejantes.

Este libro comprueba algo de eso. El recoge en parte, lo que a su muerte ha podido decirse en su homenaje, y eso es sólo una enumeración de virtudes que lo adornaban, de hechos que realizó, de actitudes que mantuvo. Pero habrá

que decir un día, cómo esas virtudes, esos hechos, esas actitudes, constituyeron en su oportunidad, al par de un criterio personal insobornable, la norma ética insuperable que pudo ser dictada en un Pórtico o en un Atrio, para enseñanza constante de generaciones.

Estas deberán recoger esas doctrinas hechas vida, como un cordial para horas de vicisitudes, y con su esencia eterna, alimentar las lámparas del recuerdo y del diálogo.

Puedo anotar entre mis horas felices, las que pasé escuchando las pláticas sabias del doctor Padilla.

Hombre amante y propugnador del norte argentino, le llaman sus biógrafos. Yo sé decir que a pocos, a muy pocos, he conocido tan empapados de la historia de los hombres y de las cosas de Córdoba. Cuántas noticias reunió de lo visto, de lo oído, de lo sucedido, en la provincia mediterránea. Y con qué alquimia prodigiosa decantaba el oscuro y fecundo licor que manaba de aquellas épocas en sus crónicas.

Al evocar su espíritu clarísimo, invoco a Dios para que torne a dar a la patria, hombres como Ernesto E. Padilla.

(Publicó el volumen la "Fundación Miguel Lillo", en homenaje a la memoria del doctor Padilla).

VIDAL FERREYRA VIDELA

MANUEL ARTURO PEÑA BATLLE. *La Isla de la Tortuga. Plaza de armas, refugio y seminario de los enemigos de España en Indias. Estudio de algunas de las causas primarias y más importantes que determinaron la declinación del imperio español en América. Prólogo por el Excmo. Sr. don Manuel Aznar, Embajador de España en la República Dominicana. Madrid, 1951. 8º - 272 pp.*

Asegúrase que la novela es un género literario con personalidad propia, con vida independiente y personalísima. Pero sospechamos que es a la manera de los parásitos. Vive de otros. Por eso será que el dicho género toma individuaciones diversas, y así es que se habla de novela sociológica, novela erótica, novela existencialista, novela histórica. La novela no es, según parece, sino una forma que toma lo sociológico, lo erótico, lo existencialista o lo histórico. Es sólo una forma, un celofán, un marco, un condimento, aunque esa forma sea tal por su belleza que llame más la atención que lo que está en ella o se encuentra bajo ella.

La historia, por el contrario, tiene personalidad propia y no necesita apoyarse en otro género literario; hasta puede ser historia sin un adarme de literatura, no obstante ser ésta su mejor aliada, compañera y servidora. Pero hemos de reconocer que la reconstrucción del pasado nada pierde y puede ganar mucho cuando, sin apartarse un ápice de la realidad de los hechos, los ambienta con justeza y los arroja con habilidad y les comunica esa vitalidad y ese colorido, esa dinámica y esa ductibilidad, que otrora tuvieron los hombres y los hechos de los mismos, y que sólo la ciencia, iluminada por la imaginación del historiador puede devolverles, al cabo de tres o más centurias desde que existieron o acaecieron.

No sostenemos que el historiador haya de fantasear en el vacío, o que haya que crear. Esa no es su misión. Pero puede legítimamente, y gracias al acervo

más o menos abundante de noticias que ha almacenado en su haber mental, a través de luengas lecturas, en bibliotecas y archivos, avivar las figuras muertas del pasado, con pormenores, con rasgos, con expresiones, con epítetos que devuelvan la vida a los que fueron, pero ya no son. Quien tiene esa bendita habilidad hará que sus libros sean leídos con tanto o mayor interés que las novelas más interesantes. Estas, al cabo, están apriorísticamente fundadas en la ficción: aquellas en la verdad.

Manuel A. Peña Batlle ha escrito un libro, cuyo título es "La isla de la Tortuga". Es un libro histórico, aunque el título pudiera ser el de una novela. Pero tiene tanto del atractivo, del interés, de la palpitación de una novela que, sin ser en manera alguna, una historia novelada, antes una historia seria, firme, imparcial y muy documentada, se lee cual si fuera un excelente y amenísimo libro de pura ficción. Hasta el argumento frisa con uno de los temas, de que más se ha valido la novela juvenil de otrora, cuando los cowboys y los gangsters, de cuna estadounidense, no habían aún reemplazado a los piratas y bucaneros.

"La isla de la Tortuga" es una pequeña insignificante isla al noroeste de la Isla de Santo Domingo y tan cerca de ésta, que es tan solo un canal lo que separa la una de la otra. Sin embargo, esa isla resultó un elemento estratégico de primer orden para las naciones confabuladas contra España, con la sola excepción de Portugal. Esta, en el estuario del Río de la Plata, su "Isla de la Tortuga", que no era una isleta sino una pequeña península, y desde ella comenzó a minar el imperio hispano en estas latitudes. También en este caso, hasta fines del siglo XVII, España consideró tan despreciable esa península como la Isla de la Tortuga, y ese doble error de los políticos españoles tuvo consecuencias incalculables. Con esa táctica errada, escribe Peña Batlle los españoles mismos crearon el talón de Aquiles de su dilatado Imperio.

El Padre Charlevoix que, en su *Historia del Paraguay*, pudo condenar la política hispana en el Río de la Plata, respecto de Portugal, es quien, en su *Historia de San Domingo* escribió de los españoles "quienes comenzaron a hacer poco caso de las grandes Antillas, para empujar cada vez más sus conquistas en el continente americano, donde formaron un Imperio, que por su extensión y sus riquezas no envidiaba al de los primeros Césares, no tuvieron el cuidado de preservar las pequeñas Antillas, de cuya posesión se quisieron asegurar con actos esporádicos, sin hacer ningún esfuerzo serio para establecerse allí con firmeza".

Aquellas "islas inútiles" fueron demasiado útiles a los ingleses, holandeses y franceses, y desde ellas, en particular, desde la Isla de la Tortuga, alcanzaron "uno de los éxitos más grandes que las potencias europeas alcanzaron más allá de los mares", en frase de otro historiador francés. Gracias a la posesión de esa inútil isla los enemigos del imperio español pudieron cortar las comunicaciones marítimas que unían a la Metrópoli con sus inmensas tierras de Centro América.

La piratería tuvo allí su asiento y también lo tuvo el contrabando, al que aquélla servía. Larga y brillantemente relata Peña Batlle la acción organizada y sagaz de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fundada en 1621 con el declarado fin de hacerle la guerra a España en el mar y, sin escrúpulos de conciencia, en cuanto a las ganancias y beneficios provenientes de tales empresas. Como lo indica su nombre, el teatro de las actividades de la Compañía serían el Atlántico y las colonias españolas de América. Las ganancias fueron colosales y los resultados políticos de suma importancia. Fué entonces cuando

verdaderamente se creó la técnica de la piratería y se la convirtió en instrumento de guerra internacional propiamente dicha.

Desde 1623 a 1626 envió la Compañía de las Indias Occidentales ochocientos seis barcos a los mares americanos, con más de sesenta y siete mil marineros. En ese tiempo apresó quinientas cincuenta naves enemigas. La sola captura que hizo Piet Hein, en la costas de Cuba de los galeones que conducían en 1628 los tesoros de Méjico a España, produjo lo suficiente para pagar un dividendo igual al cincuenta por ciento de las inversiones iniciales. El cargamento capturado se calculó en 11.509524 de florines holandeses, oro.

He ahí una pequeña muestra de lo que fué aquella campaña de felonía y traición política. Hermosamente contrasta el autor la política española con la de Holanda, basada aquella en la verdad como ésta en la mentira, y termina con estas expresiones justicieras: "Por el sostenimiento de estos principios luchó sin tregua durante doscientos años y si al fin perdió en la lucha la extensa influencia que ejerció en el mundo como poder político, logró, con su inmolación, conservar la influencia de aquellas reglas éticas. España fué el anti-Maquiavelo; la negación del oportunismo en política, y, de la razón de Estado.

"No se concibe a Carlos V, ni a Felipe II, ni aun a sus sucesores inmediatos, agrega el autor, haciendo guerra de corso, ni alentando con sus propios recursos la piratería y el robo marítimo. En momentos en que los grandes pensadores españoles como Vitoria, De Soto y Suárez, echaban las bases doctrinarias del nuevo Derecho Internacional y en el que los grandes teólogos como Laínez, Salmerón, Melchor Cano y otros muchos grandes construían, en las reuniones del Concilio, el imponente edificio moral de la Contrarreforme, no es posible pensar que sus grandes hombres de Estado, propulsores los más esforzados de este profundo movimiento de ideas, se dedicaran a la práctica sediciosa de quienes combatían, precisamente, el éxito de aquellos principios y doctrinas. España no aceptó desviaciones en su posición política. Mantuvo sin alteración posible la unidad de aquella posición, y de su limpieza, de su consistencia, y de su brillantez extrajo vigor y fuerzas para mantenerse en la contienda sin permitir, desde luego, que la revolución europea del sig'lo XVI arrasara para siempre la configuración moral de la Cristiandad. Esto lo obtuvo España porque fué consecuente consigo misma hasta el último momento y no se dejó seducir por las ventajas transitorias de componendas siempre dañosas a la consistencia esencial de los grandes principios y de los grandes sentimientos en que se funda la Historia. España cumplió a plenitud una misión trascendental, planetaria, sólo porque no permitió una sola rajadura en su armazón ético, por donde se infiltrara el virus de la Reforma.

Tal fué el resultado final, la última consecuencia de los sucesos relacionados con la Isla de la Tortuga, y tal fué la política que los llevó por caminos tan adversos a los intereses españoles, y quienes, hoy como ayer, ponen los valores éticos sobre los materiales han de reconocer que los derrotados fueron los victoriosos, y que los victoriosos fueron los derrotados.

En cuanto a los hechos mismos desarrollados en torno a aquella "inútil isla", el historiador Peña Batlle nos ofrece relatos interesantísimos. Sobre todo consagra el autor un interesante capítulo, el sexto de su libro, a Don Juan Francisco Montemayor, quien discurrió a solas la manera de acometer la empresa de reconquistar la isla y sólo a Dios encomendó la dirección de aquel arduo negocio, que tan acertadamente y con tan buen resultado llevó a cabo en los últimos días de diciembre de 1653 y los primeros de enero de 1654.

La historia de la Isla de la Tortuga tiene no poca afinidad con la de la Colonia del Sacramento, ya que en uno y otro escenario los representantes civiles y militares de la Metrópoli, que actuaban en América, fueron tan egregios, decididos y valientes, como ineptos, desorientados y cobardes fueron los miembros de la Corona y los representantes de la misma en los congresos o tratados de Paz. Si los hombres de la Corte que tuvieron que vérselas con los lusitanos, fueron maquiavélicamente envueltos por ellos, los que tuvieron que habérselas con los ingleses, y franceses fueron pícaramente engañados por los mismos. Es penoso comprobar la política simplista de los diplomáticos españoles, al lado de la perspicaz y de largo alcance utilizada por ingleses y lusitanos.

A la postre, sin embargo, los ingleses, los lusitanos y los franceses sólo sacaron ganancias pasajeras y mancharon su historia con actos de barbarie inconcebible, conculcando todo derecho natural y de gentes, mientras en la historia de la Isla de la Tortuga se destacaron dos hombres que harían honor a cualquier país y a quienes Peña Batlle ha levantado un monumento más perenne que el de bronce: Fray Agustín Dávila y Juan Francisco Montemayor.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

FELIX ALFREDO PLATTNER. *Jesuitas en el Mar. El Camino del Asia.* Contribución a la historia de los descubrimientos. Editorial Foblet. Buenos Aires, 1952. 8 - 326 pp. Con ilustraciones.

Lo que hemos escrito con referencia a *La Isla de la Tortuga*, de Peña Batlle, lo podemos repetir aquí: es un libro de historia con todos los encantos de una novela. Es una historia de la inmensa labor realizada por los Jesuitas en el Oriente, en los siglos XVI-XVIII, pero sólo en los puntos de mayor interés; es una recopilación de los hechos más heroicos y bravíos, con prescindencia de los vulgares y comunes; es un conjunto de vidas sacrificadas en aras de un sublime ideal misionero.

Sólo refiere, hemos dicho, los grandes actos, en grandes cuadros, pero muchas veces, esos grandes hechos estaban en pequeñeces, cuya heroicidad apenas podemos captar, hoy día. Por eso, el autor, con grande acierto, los señala. ¡Lo que significaza otrora cruzar el mar! Habitados a los magníficos barcos modernos, nos imaginamos que más o menos, eran tales aquellas viejas embarcaciones, cuando en realidad no eran sino pontones sin comodidades algunas, juguetes de las olas, no por espacio de dos, tres o cuatro semanas, sino por espacio de tres, cuatro o cinco meses.

El mar bravío, los ciclones orientales, la falta de vientos favorables, la escasez de agua potable, los incendios frecuentes, y por sobre todos esos factores de turbación, los ~~correrios~~ y los piratas. Plattner recuerda casos horribles, y los recuerda con breves pero elocuentes pinceladas.

Y nada de todo eso desalentaba a aquellos hombres, que iban en busca de almas, como nada desalentaba a aquellos otros hombres, que iban en busca de especias, con que enriquecerse rápidamente. ¡Y qué hombres eran aquellos que iban en busca de las almas! El autor los presenta en toda su grandeza espiritual e intelectual. Aunque Voltaire dijo en una ocasión, y fué esa su milésima idiotez, que los Jesuitas habían fundado las misiones entre infieles par enviar a ellos a los sujetos más palurdos e inútiles, que había entre ellos en Europa.

lo cierto es que a las misiones de Oriente, lo propio que a las de Occidente, fueron destinados hombres de primera categoría, sabios de verdad, eruditos de ley. La galería de los Jesuitas, que Plattner nos ofrece, es harto elocuente a este efecto.

Pero lo culminante en esta historia es el choque de la sabiduría del mundo occidental con la del mundo oriental. Los portadores de la primera, aunque razonablemente satisfechos de su saber, topáronse repentinamente, sobre todo en la China y en el Japón, con otros saberes. Aunque por rutas diversas y totalmente independientes, aquellos pueblos asiáticos tenían su sabiduría, como tenían su religión y su moral, y tenían su sociabilidad. Jamás los Jesuitas, en parte alguna, ni en época alguna, se encontraron ante un problema más vasto y más difícil. Para comenzar a apreciar esa nueva sabiduría, aun la matemática, cuanto más la filosofía, les era preciso conocer a fondo el idioma, y éste era tan sutil, tan vasto, tan múltiple y tan escurridizo que parecía requerir la vida entera de un europeo para llegar a dominarlo.

Pero nada desalentó a aquellos Jesuitas, entre los que prevalecían los italianos y alemanes, y no pocos suizos, como anota el autor, no sin justa complacencia. ¡Y pensar que triunfaron, no obstante su corto número, y a pesar de tantos obstáculos de toda índole! Es éste un fenómeno de los más estupendos que hallamos en la historia de la civilización.

Todo esto, y mucho más, y todo ello seriamente fundado en documentación de la época, y todo ello escrito con amenidad y con toques humorísticos, hallará al lector de este novedoso cuanto instructivo volumen, que Poblet ha tenido el acierto de editar en castellano. Algunas pequeñas fallas, como Andreas, en vez de Andrés, y Achilles en vez de Aquiles, no merecen siquiera recordarse y en nada entorpecen ni perjudican a la obra.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

PAULINA SIMONELLO. "*La Ciudad Encantada*". Buenos Aires, 1951.
8º - 126 pp.

No es nueva para nosotros la voz de Simonello. Su último poema *La Ciudad Encantada* revela una vez más el intenso poder evocador de su inspiración. En cuanto al pasado, se yergue bajo un conjunto de encanto y de leyenda y las nobles figuras de lejanos héroes pasan con el destello de un idealismo inmortal en la pupila.

Así evoca aquel apóstol y mártir, casi legendario, que fué el P. Mascardi. Peregrino infatigable, devorado por su amor a las almas, que cruzó por nuestros bosques, partiendo el pan de la verdad, y el amor a los hijos desheredados de una raza. El historiador sabe del pasado, pero el poeta vive de él y por el amor le infunde nueva vida. Eso ha logrado Simonello. El tierno idilio al que pudo ser. El edilio severo y sencillo que caracteriza a Simonello da a su extranjero, Peter, con la dulce Amancay, es todo un símbolo de algo hermoso poema un aire de frescura y naturalidad encantadores.

Un ligero temblor romántico y una semejanza en el tema nos recuerda al Tabaré del uruguayo Zorrilla de San Martín.

G. MARTÍNEZ, S. J.

Pocas veces hemos leído con mayor delectación un libro destinado a jóvenes estudiantes. La obra que el Profesor Mandolini Guardo presenta por medio de la Editorial Ciorda y Rodríguez, excede los límites de lo que comúnmente se asigna a un libro de su categoría. Si bien destinado, como dijéramos, a los alumnos de quinto año de las Escuelas Normales, esta obra ha de ser leída con igual interés por el público en general y en particular por los maestros y profesores, a quienes les ha de ser indispensable.

En toda su extensión, "Psicología Pedagógica", nos presenta el problema de los "test", que tantas discusiones han provocado, y que si bien no pueden considerarse como un sistema absoluto de medición de las facultades del alumno, no por ello ha de desconocerse y negarse, como lo hacen muchos, su importancia fundamental. El maestro debe conocer estas pruebas y saber aplicarlas, templando lo que les pudiese faltar con el calor de su propia sabiduría y experiencia. En realidad el libro de Mandolini Guardo, trata de una forma absolutamente novedosa los problemas de la educación, aspecto en el que contrasta sensiblemente con viejos manuales psicológicos, que eran ensayos meramente especulativos, pero que no aportaban nada fundamental al conocimiento del alumno, de sus reacciones y del medio en que se desenvuelve. Se nota un profundo estudio de los temas tratados, y que la obra es producto de una larga e intensa laboración. También hemos visto con agrado la seriedad con que trabaja el autor, lo que se trasluce al suprimir de ciertas pruebas, partes que pueden resultar escabrosas, lo que no responde a un prejuicio, sino a la realidad defectiva de lo que acontece en la psiquis del adolescente.

La colección de pruebas que presenta es completa, tanto por su numerosidad como porque abarcan todos los problemas. Y no se crea que se limita a esto, sino que el autor, verdadero maestro, de aquellos que comprenden la mística de la enseñanza, presenta al lector sus posiciones, que, como la siguiente, se hallan plenas de comprensión: "*Hay maestros que creen que el rigor educa. No. El rigor momifica, y momificar es inhibir*".

Lamentamos no poder ofrecer en estas líneas algunos de los "test", que en la obra son numerosos. No solamente se estudia en el libro de Mandolini Guardo la parte psíquica del alumno, sino que la correspondiente a su desarrollo y con diciones físicas y sociales tiene también cabida en él, afirmando en el concepto de que el hombre forma una entidad, y como tal posee una unidad indivisible. Así, el autor llega a preguntarse: "*¿Por qué el niño es disciplinado en su casa e indisciplinado en la escuela, y viceversa?*" Problema que aparentemente tiene una importancia momentánea. Mandolini halla una respuesta simple y exacta: "*Porque en un lado juega y en el otro no*". Así, mediante estas observaciones, va llevando poco a poco al conocimiento integral del alumno, para su comprensión eficaz.

Queremos mencionar también, que la obra posee una ficha fuera de texto en la cual se pueden consignar todas esas observaciones de carácter médico, psicológico y social correspondiente a un alumno. Es indudable, que esta ficha presenta múltiples ventajas, tanto para el estudiante-maestro de las escuelas normales, al que le permite adquirir una destreza práctica en el manejo del alumno, como para el maestro en sí, al que sirve de valioso auxiliar para conocer en cualquier momento las cualidades y peculiaridad, así como los problemas de cualquiera de sus discípulos. Claro que esto obliga al maestro a un trabajo "extra".

bastante considerable. Pero todo ese trabajo, será un capital que redunde en beneficio de su experiencia y profundidad docentes. Nosotros ya hemos adoptado un sistema análogo para nuestras clases.

Este libro que nos presenta Mandolini Guardo, pues, ha de quedar por muchos años, firme dentro de nuestra literatura docente. Y por la forma como encara los diversos tópicos, y busca sus soluciones, ha de llegar a ser un clásico, dentro de los textos. Esperamos que todos se compenetren de él, porque solamente así cada maestro lograría esa ansiada identidad entre él y sus alumnos, tan necesaria para el eficaz desarrollo de una educación trascendental.

A. BLASI BRAMBILLA

FULTON J. SHEEN. *Eleva tu corazón*. - Difusión, Buenos Aires, 1952. - 287 págs. en 8º.

El maravilloso tesoro de las verdades cristianas, que ha alentado la más fecunda de las civilizaciones, la civilización europea, durante veinte siglos, debe ser repensado. Es una indubitable exigencia de nuestro tiempo. Esto afirmaba Fulton Sheen, en un libro anterior, recientemente traducido en Buenos Aires; "Paz en el alma". La verdad cristiana es inmutable y eterna, y guarda en su seno la solución a los más decisivos problemas de la humanidad a través de los caminos de la historia. Pero la predicación (y al hablar de predicación no me refiero sólo a la palabra hablada, sino a toda manifestación hecha a los hombres de las soluciones cristianas al problema de la vida humana) debe dirigirse a hombres concretos, a seres encarnados, a seres históricos, como diría Guardini, a seres que viven ciertas y determinadas condiciones históricas y psicológicas. Los problemas religiosos y morales del hombre de nuestro tiempo son los mismos que han surgido en las demás épocas de la historia. Pero su planteamiento es diverso. La Edad Media le ofrecía sus soluciones metafísicas y religiosas al hombre religioso y eminentemente metafísico que construyó las catedrales góticas. Al hombre científico y positivo del siglo pasado le ofreció la verdad a través de la apologética y de las investigaciones históricas. Es decir, la verdad ha de adoptarse en su presentación, a la situación concreta del hombre a quien se dirige. Esto es lo que pretende el profundo teólogo, filósofo y eminente psicólogo, que es Fulton Sheen. Y lo logra ampliamente. Presenta las verdades más fundamentales de la ascética cristiana, a las necesidades del hombre de hoy. Sobre la profundidad y seriedad de los autores clásicos en la materia, Sheen agrega la visión histórica y la penetración psicológica. Historia y psicología individual y social son las características sobre las que se mueven los grandes problemas de nuestros coetáneos. En "Paz en el alma", sin descuidar el aspecto psicológico de la problemática ética y religiosa del hombre moderno, enfoca las grandes soluciones cristianas, dentro de la génesis histórica que las ha provocado. En la obra que hoy presentamos, en cambio, la enfoca principalmente desde el punto de vista psicológico. "Eleva tu corazón" no es un libro de psicología analítica más; es ante todo una obra profundamente teológica y ascética. Soluciona los problemas con Teología y Revelación. Pero se vale de los enormes adelantos de la psicología, para fundamentar desde el punto de vista natural, el acierto de las grandes soluciones cristianas al problema de la vida individual y social. La síntesis cristiana y la concepción católica de la vida y del mundo, es la respuesta más actual, más psicológica, la más adaptada al enorme problema

creado en la época moderna, por el individualismo, por el egotismo y sus manifestaciones más diversas. A pesar de que vivimos en una época en que se gritan las reivindicaciones sociales, en que es imposible eludir la problematización de lo social en todos los ámbitos de la vida, aun y principalmente en lo tocante a la vida individual de cada hombre, el egoísmo es su característica más notable. La anarquía de lo social, finca en el egocentrismo, que es sin lugar a duda la actitud más generalizada en nuestros tiempos. Ahora bien; la concepción cristiana de la vida, la oración y la fe cristianas, la mística cristiana del "servicio", es la respuesta y solución más apta, la única posible, que satisfaga en su plenitud a las exigencias más fundamentales del hombre, frente al eterno problema de la propia felicidad, para la que Dios nos ha creado. El cristianismo, la persona de Cristo, es son una concepción de vida y un fenómeno histórico de caracteres eminentemente sociales. La trascendentalidad de lo cristiano, no sufre lo inmanente, lo egoísta. La fe, la Esperanza y la Caridad cristianas, van más allá de lo individual y de lo humano; trascienden a lo social, y fundamentan en lo sobrenatural, la armonía de los hombres consigo mismos y con sus semejantes. La paz y la felicidad, exigencia ontológica del hombre, convertida en crisis en nuestros días por el humanismo ateo y cerrado en lo humano, sólo son una realidad dentro de la concepción práctica social y sobrenatural del Cristianismo.

"Eleva tu corazón", es un libro plenamente teológico, plenamente moderno y clásico al mismo tiempo, que debería ser estudiado concienzudamente por educadores, directores espirituales, y católicos en general que hayan caído en la cuenta de los urgentes problemas religiosos y morales que se plantean en la sociedad moderna. Y quienes no estén presentes a la desgarradora realidad de nuestro tiempo, les hará tomar conciencia de ella. Y este tal vez sea el mayor número; al menos entre los cristianos.

ROBERTO BRIE, S. J.

RODOLFO JUAREZ NUÑEZ, AMALIA BELTRAN POSSE DE JUAREZ NUÑEZ. "*Silencio*", versos. Córdoba. Imp. Rossi. 1942. 8º - 117 pp.

Silencio, es decir ausencia de voz y de sonido. Versos, es decir perduración de ecos.

Ausencia y perduración, es decir vida del más allá; permanencia espiritual del que se fué; recuerdos de sus pasos terrenos; comunión de las almas en los campos elíseos; viajes del pensamiento; silencio... "lo solo grande".

Eso, me parece, debe significar el título de este libro póstumo de Rodolfo Juárez Núñez.

Un espíritu que lo comprendió hasta la armonía del amor, su esposa, lo brinda, precedido de algunas notas melodiosas, como si se tratara de un acunamiento, de un vaivén de ronda o de columpio, acaso "... en la floresta, y en el monte de talas, cuando la luz del alba pone de luz su broche... Y el pasado se esfuma, se desgaja, se insuma... bendición de amor cierto".

Habrà que esperar más tiempo —el vencedor fugitivo—, habrá que conocer otras producciones aún inéditas, habrá que hacer silencio, para que nazca un juicio definitivo sobre la producción literaria de Juárez Núñez.

Lo édito y los versos de este libro, sin embargo, lo ubican como hombre y como artista. Generosidad y altura de sentimientos, lo acercan a grandes fuentes de emoción a las que dedica sus conceptos y cantos. Así vemos sus loores de patria, su admiración por lo hispánico, su delicada nota sentimental y galante; pero, donde su verso trasunto todo el fervor de su espíritu, es en la nota autóctona, mejor dicho, en lo típicamente criollo, casi diríamos, para usar una palabra que lo sería grata, en lo gauchesco, en lo campero.

Había afinado, por deleite, una aptitud que le era natural. Veía en lo gaucho, algo más que lo decorativo y teatral. Descubría netamente en el gaucho —resero, payador, matrero— al paladín de primordiales días, de vida tan intensa y alma tan grande, que no parece sino que estalló en su pecho, después de algún supremo lance, por donde vino a perderse el vaso originario.

Ese Señor de nuestro Romancero, le tenía ganada su afición, y, por ende, el ambiente o país de sus hazañas.

Era de ver aquellas "prendas" recogidas y guardadas con jerarquía, para su deleitosa contemplación, y en la que se podía pasar de un historiado "cabo negro" a una pieza del santoral colonial o a un cuadro renacentista.

Y en ese clima de humanista, de anticuario y de gaucho, Juárez Núñez hacía versos.

Algunos de esos, van en estas páginas. Al leerlas, hemos recordado horas amables de conversación cuando, como en una aparcería de fogón, los hilos del relato iban diseñando en la trama del recuerdo una auténtica página de gesta, en la que algún protagonista de su ideal, a golpes de facón parecía tallar para la gloria una escena broncea.

O simplemente un cuadro de la pampa, como este de "Osamenta":

*Yace allá por un recodo del camino,
de un Picazo que en su tiempo jue de menta,
descansando entre un polvo blanquecino
la osamenta.*

In memoriam...

VIDAL FERREYRA VIDELA

MARIANO GRANDOLI. *Ideas*. Buenos Aires, 1951. 8º - 152 pp.

Para dar una idea exacta del contenido de esta obra, bastaría trasladar algunos de los párrafos que el prologuista P. A. Gómez Ferreira, S. J., inserta en sus estudios, en sus carreras, en sus relaciones con Dios, con sus padres, con sus semejantes y aún consigo mismos, en cuestiones políticas y religiosas, y en otros mil asuntos, es un producto lógico y natural de la instrucción enciclopédica y liberal que los ha achatado... Si se enseñara a los jóvenes a estudiar y a pensar; si se les enseñara el método y formara el criterio para llegar a la adquisición de la verdad en los temas básicos y fundamentales de la vida; y si sobre todo se grabara en sus mentes juveniles, la pasión y la inquietud por la verdad, no tendrían hoy tal vez, justificación los tardíos e inútiles lamentos por la desorientación de gran parte de nuestra juventud".

Subsanar en una forma práctica y certera, este yerro fundamental en la formación de nuestra juventud, es el fin práctico y certero, que se propone el autor, gran amigo de los jóvenes, que "conoce, y sobre todo, siente, sus problemas".

Divide la obra en cuatro partes, dedicando la primera a la Santa Misa, uno de los centros fundamentales de la formación religiosa y humana de nuestros estudiantes. La segunda está dedicada a la consideración de las manifestaciones del Catolicismo en nuestra Constitución. La tercera, considera una serie de problemas fundamentales del estudiante: el estudio, los libros, la amistad, los padres, el trabajo intelectual; es tal vez la parte más útil y práctica, junto a la primera, de todo el libro. Expone conceptos claros sobre la necesidad de la formación en el estudio, en su método, los incentivos para él, la formación de la personalidad y de las facultades del hombre, a través de ese trabajo duro y agradable al mismo tiempo, que es el estudio. La cuarta parte está dedicada al Apostolado intelectual, apostolado tan necesario como olvidado, en muchos de nuestros ambientes.

Es una obra práctica, preparada para ponerse en manos del joven estudiante: como su epígrafe lo indica, es un libro de "ideas". Quisiéramos verse multiplicar entre nosotros obras tan pedagógicas y formativas como la presente.

R. B., S. J.

JOSE P. GRANDMAISON. *Apuntes y Ejemplos de Catecismo*. Segunda parte: Los Mandamientos de la ley de Dios. Librería Editorial Santa Catalina. Buenos Aires, 1949. 366 páginas. Tercera parte: Fuentes de la Gracia; 313 páginas.

Con estos dos volúmenes, termina el P. Grandmaison su obra de recopilación, comenzada con el tomo de ejemplos que se refieren al Credo y cuya crítica hicimos en esta misma revista "ESTUDIOS".

Merece el autor nuestro sincero aplauso, por el aporte que su esfuerzo significa, en razón de acrecentar el acervo bibliográfico que el catequista y el profesor de religión necesitan, para su labor explicativa de las verdades de nuestra religión.

Nadie puede negar la importancia que el ejemplo tiene en orden a captar la atención del auditorio y a fin de iluminar el desarrollo de un tema, que por su naturaleza, presenta dificultades serias para las mentes juveniles. "El cerebro de los niños —afirma Fenelón— es como una llama expuesta al viento; la cual oscila incesantemente".

La experiencia enseña, que en un auditorio de niños o de adultos, cuando el cansancio comienza a vislumbrarse en los rostros o en el movimiento del cuerpo; la narración de una historia, de un ejemplo o de una parábola, tiene la virtud de retener la atención de todos, en forma a veces tan notable, que ello se advierte en el vacío silencioso que se percibe en el recinto; tan corta es la respiración, tan inmóviles están los cuerpos, tan quietos los ojos, y tan pendientes todos de las palabras con que el orador pinta y vivifica cuadros, personajes, escenas.

Y todo ello, puede hacerse dentro del marco digno, que ha de tener, ya sea la catequesis, más abierta a la teatralidad, ya sea la oratoria sagrada, más exigente de un santo aticismo. Negar lo anterior equivaldría a ignorar al par que la psi-

cología humana, la historia de la catequesis eclesiástica y las sabias normas, dadas al respecto por los Sumos Pontífices.

La anécdota ha de ser presentada por el orador con habilidad e inteligencia. No se narra la historia por la historia, sino a fin de sacar la conclusión práctica. Todo el ingenio del catequista o del orador estriba precisamente en presentar de tal manera el relato, que la conclusión fluya clara y fácilmente. Se corre el riesgo, de lo contrario, de desvanecer la eficacia del ejemplo: los niños, sobre todo, tienden a parar mientes, en pormenores insignificantes, desbaratando las trazas del expositor.

Es menester que se desenvuelvan los relatos con soltura, sin apresuramientos, no contentándose con referirlos en pocas palabras, a no ser que los oyentes, los sepan muy bien.

"Las historias —decía Fenelón— al parecer alargan la instrucción mientras que en realidad la abrevian mucho, quitándole además la aridez de las instrucciones ordinarias".

Antiguamente se instruía principalmente por medio de historias. Por eso ese gran educador, que se llamó San Juan Bautista La Salle, recomendaba a los maestros noveles "escogieran de vez en cuando una historia agradable a los niños, refiriéndosela de modo que pudiese renovar su atención".

Muy a nuestro propósito dice el siguiente consejo de Monsabré: "A los testimonios históricos, añadid ejemplos. Presentados con elocuencia ejercerán sobre las almas tal vez mayor poder de atracción que la palabra.

"Verba movent, exempla trahunt". Tomadlo con preferencia de la escritura y de la vida de los santos. Pero no os prohibo, ciertos rasgos históricos que sin carácter de heroica santidad, pueden despertar en las almas sentimientos nobles y excitarlas a grandes y generosas acciones. Cuidado con citar hechos, invenciones de vuestra fantasía, convirtiendo la cátedra de verdad en escenario de farsas".

El P. Grandmaison nos ofrece copia abundante de ejemplos en estos dos volúmenes que comentamos. Al profesor de religión le toca escoger en esa selva, las anécdotas aprovechables y desechar aquellas que por su candor e ingenuidad, son menos aptas. Ciertamente no todo el material de este libro merece la misma alabanza, pues cabe la anécdota interesante tropezamos, no sin frecuencia, con la narración difuminada de hechos, cuya solvencia histórica deja hartos que desear.

Creemos hacer obra de crítica positiva al proponerle al autor, para una segunda edición, la composición de los índices temáticos y de personas, que echamos muy de menos en una obra de esta índole, como también le sugerimos la idea de numerar los ejemplos, de revisar los títulos que son menos elocuentes, suprimir anécdotas que desdicen del conjunto y cuidar un tanto el estilo, que se resiente por falta de nervio y atildamiento.

MARCOS R. PIZZARIELLO, S. J.

PAULO F. SANTOS. *O Barroco e o Jesuítico na arquitectura no Brasil*. Edición Librería Kosmos. Río Janeiro, 1951.

Este libro constituye una verdadera apología de lo barroco, en el sentido y en la forma, ya que estudia, con gran acopio de erudición, desde el origen del nombre, su génesis, apoteosis y decadencia al rococó, hasta su especulación filosófica, con incursiones a ciertas obras maestras universales de la pintura, escultura

y arquitectura. Las observaciones al espíritu jesuítico es tema preponderantemente desarrollado, y por último su arraigo en el modo de sentir entre los artistas-arquitectos brasileños, como natural herencia de su origen portugués. Se esfuerza el autor en comparaciones interesantes entre las obras locales y detalla, en diversos capítulos, las características del barroco jesuítico brasileño, con sus típicas plantas y fachadas religiosas, confrontándolas con otras portuguesas y de otros países europeos. Dedicó también un capítulo a los retablos, incluyendo en él desde las obras italianas de los siglos XV-XVI (Sansovino, Bernini) hasta las abigarradas concepciones ultrabarrocas brasileñas del siglo XVIII (San Francisco de Bahía).

Este libro, densamente compuesto, es en cierto modo una extensión del titulado "A ARQUITECTURA RELIGIOSA EM OURO PRETO", obra del mismo autor, con tendencia, como queda dicho, a una verdadera glosa de lo barroco, en general sentido. Y es por esto mismo, y por la gran erudición dada a tan interesante y vasto tema, que no se puede menos de notar que se ha omitido en ella, como necesario complemento a las mencionadas incursiones a otros países, que el autor ha dejado parte principalísima en su estudio comparativo, al no incluir en tales semejanzas, no sólo de forma sino también de espíritu, a las obras de arte del resto de América Latina. Hubiera sido interesante y justo, por ejemplo, mirar algo a la vecindad argentina, donde la influencia luso-brasileña se sintió intensamente en muchas obras de lo barroco. ¿Y no son acaso netamente barrocas, en su anguloso planismo, los atormentados imafrontes de San Francisco de La Paz o de la iglesia de Pomata, como ejemplo, con su agitada exuberancia mestiza donde cabe casi toda la obra de la Creación? ¿Y no lo son también las obras maestras de la Lima virreinal que aún quedan, tales como el palacio de Torre Tagle o el imafronte de San Agustín? ¿Y qué decir de Guatemala? ¿Y qué de México, donde lo barroco europeo encontró un alma autóctona aún más barroca en su espíritu (basta observar el modo de sentir, en el tormento híbrido de las imágenes aztecas y de los frisos ornamentales de los edificios de Chichén Itzá o de Uxmal, por ejemplo) que le traían en sí los conquistadores, y que por lo tanto arraigó en tierra tan fecunda hasta llegar a crear un arte local, exuberante y elegantemente contorsionado y policromo, y de tan poderoso barroquismo que llegó, en dirección opuesta, a influir en el barroco hispano peninsular, de lo que buena prueba es la Sacristía de la Cartuja de Granada? Además, y siguiendo el sistema de comparaciones adoptado por el autor de este interesantísimo y bien presentado volumen, la semejanza estructural de ciertos imafrontes mexicanos (Taxco, Ocotlán, etc.) con la verticalidad de sus torres "crespas" aprisionando al cuerpo central, y las mismas estructuras brasileñas, a pesar del número de aberturas en unas y otras, es inquietante en forma y en espíritu ante quien reflexione en ellas. También nos hubiera sido grato una especial extensión a la arquitectura barroca española, como lo hace en cuanto a los retablos, especialmente en lo referente a la región gallega, donde existen edificios religiosos de ritmos y sentimiento, exactamente, iguales a los luso-brasileños. (Ntra. Sra. de los Remedios en Lamego, y su homónima en Mondoñedo).

No debe verse en estas observaciones un prurito de desmerecer en lo más mínimo los méritos de tan erudita obra, cuyo contenido revela en el autor un profundo conocimiento de su tema y encomiable atracción a su arte brasileño, sino tan sólo una observación al margen, como buen americanismo, en una obra que engloba copiosamente al arte del siglo XVIII por excelencia. Por otra parte, la utilidad didáctica de ella es evidente y, sin duda, constituye un notable y esforzado aporte al estudio de las artes coloniales, que no debe faltar en ninguna

biblioteca de arte americano. La bibliografía comentada con que se cierra la obra es también de gran provecho.

VICENTE NADAL MORA

PAULO F. SANTOS. *A arquitetura religiosa em Ouro Preto*. Libreria Kosmos. Río Janeiro, 1951.

Compuesto para optar a una cátedra de arquitectura en la Facultad brasileña, en marzo de 1949, ha compuesto el autor un libro bello, interesante y útil. Decimos bello por su presentación gráfica, interesante por reunir enorme cantidad de material cautivante, y útil por su inapreciable calidad de consulta en un tema local no tratado por otros autores con el detalle que aquí se da de él. Escrito con hermosa prosa, a veces con sabor poético, se trasluce en el autor su exaltación ante el paisaje y la arquitectura de la otrora opulenta Villa Rica de Nuestra Señora del Pilar de Ouro Preto, emporio fascinante del áureo mineral, estrella fugaz, cuyos intensos reflejos atraieron irresistiblemente a inmensas caravanas de ambiciosos ilusos, allá por los comienzos del siglo XVIII.

En breves capítulos se traza la historia de la rica villa minera, y de las diversas expediciones de los bandeirantes paulistas hasta Mariana, João del Rey, Pitangui, Tijuco, Serro, Ouro Preto, cuyos derroteros se indican en un mapa adecuado. La arquitectura, naturalmente, forma el cuerpo principal de la obra, empezando por un documentado estudio del barroco y sus derivaciones al arte jesuítico, extendiéndose sumariamente a las manifestaciones precursoras de aquel movimiento estético a través de Italia, Centro de Europa, Francia, España y Portugal. Penetra luego en la faz práctica del tema, dedicando un capítulo a la técnica constructiva indicando en ella, los diversos materiales empleados y su modo utilitario, paredes, pisos, cerchas, techos, puertas, cerrajería, mano de obra, etc.

Interesantísimo es el cotejo de plantas, numerosas de Ouro Preto, desde las más sintéticas capillas hasta aquellas atormentadas de combinaciones clípticas, haciendo comparaciones con otras similares españolas, italianas o alemanas. El capítulo final, dedicado a las fachadas religiosas, nos muestra sucesivamente las ingenuas capillitas con su humilde piñón del tejado coronado por la cruz o la espadaña de una sola campana, para terminar después con las fastuosas fachadas de campanarios con terminación bulbosa, flanqueando al cuerpo central del imafronte, con talladas puertas y los barrocos coronamientos con alerones y remates ondulados.

Dijimos antes, ser la parte gráfica interesante y útil, y destacamos aquí el aspecto por el esfuerzo que significa el relevamiento de tanto elemento arquitectónico, como ser plantas, fachadas, secciones, puertas, detalles constructivos, todo ello cuidadosamente delineado y acotado, constituyendo así un documentado y artístico conjunto nunca hasta ahora presentado de la arquitectura religiosa de Ouro Preto. En resumen, un trabajo que honra, y un aprovechable instrumento para todo profesional de arte. Esta obra trae al final una buena bibliografía anotada por orden alfabético de autores.

VICENTE NADAL MORA

Las últimas entregas de Emecé anotan, entre otras, un libro trascendental. Nos referimos al del italiano Cócchioli, *"El cielo y la tierra"*, libro en el sentido material, ya que dentro de este nutrido volumen, de lectura tan densa y provechosa, hay tema no para una y sí para varias novelas.

La predestinación al pecado, con su correspondiente dosis de jansenismo y calvinismo; el concepto de la angustia, tal como lo enunciara Kierkegaard, y el ancho y hondo problema de la caridad buscada con desesperación, por fin hallada en la forma del mayor de los símbolos —el propio sacrificio—, forman los vértices de más inmediata prominencia en este enorme poliedro literario, donde cada arista, cada cara, obligarían a un análisis y a una exposición para los cuales nos faltan el espacio y—¡ay!— las condiciones.

¿Qué pasa con la novea de nuestra época? Muy sencillo: es la novela del hombre, es la filosofía haciéndose literatura, es la hermana mayor, hasta ahora tan reservada, que presta parte de sus encantos a la menor, la consentida, y logra acrecer así su belleza y la propia. La novela de Cócchioli —¿hasta qué punto será lícito de hoy en adelante usar el término novela?— no ha sido inventada sino vivida, y no ha brotado porque sí, sino que obedece a una lenta maduración. Su mejor premio habrá consistido, seguramente, en las polémicas que ha levantado, en las críticas y en los elogios. El peligro diabólico cerniéndose sobre el hombre, su constante acechar de la presa, o su abierto dominio, y el terrible problema de este sacerdote que quiere vencer al demonio con amor, que transporta amor pero que no sabe amar, que entiende la caridad desde un punto de vista racional y exacerbadamente puritano, y que por lo mismo fracasa hasta que encuentra realmente su motivo, han servido a Cócchioli para escribir un relato en el cual se comparten uno a uno los dilemas y las encrucijadas, y se sufre con tal intensidad que la lectura llega por momentos a ser demasiado cruel. Si añadimos que el estilo es hermoso, la técnica casi original y perfectamente lograda, y que alrededor de Ardito Piccardi —el sacerdote— se levantan otras figuras que no se pierden como figuras de fondo sino que avanzan hasta el borde de estas lacerantes candilejas, tendremos como saldo resumidísimo ésto: una novela excepcional. Quizás se desienta, desde el punto de vista de la ortodoxia católica, con algunas y aun con muchas de sus insinuaciones (jansenismo y calvinismo, esbozados en la novela, son pura y simplemente herejía) pero estos reparos se salvan considerando que Cócchioli no tesifica sino que cuenta. Y cuenta, esto es indudable, sus problemas y sus vacilaciones, con una honradez y una limpieza de intenciones que le ponen a salvo de toda crítica moral. Esta vez sería muy justo convertir, a sabiendas, a una publicación en *el libro de moda*. Ahora, que Graham Greene está comenzando por fin a ser dejado en paz.

Otro de los títulos de *Grandes Novelistas* que hemos leído últimamente (colección en la que ha aparecido también *"La mujer sin pasado"*, de Serge Groussard, que puede omitirse sin que se pierda mucho con ello, ya que se trata, en esencia, de literatura puesta al servicio de un ingenioso tema policial) y con un placer incandescente, ha sido *"El mico"* del discutido Mauriac. Posteriormente, se otorgó a Mauriac —¡al fin justicia!— el Premio Nóbel de Literatura.

Y digamos que, aguardada esta novela con tanto interés, no nos ha defraudado. Su prosa descarnada, incapaz de fáciles concesiones, nos pinta inimitablemente el proceso —de otra manera impenetrable— que tiene lugar dentro de la cabeza del pobre Guillou, protagonista por una parte y excusa por la otra para que se sugiera —de paso pero con efectividad— el problema que constituye el verdadero fondo del libro la crítica a una sociedad condenada en la esencia le su misma estructura.

Penetrar en la psicología infantil no es fácil. A lo sumo, lo que se hace en la mayoría de los casos (tratándose de libros sobre la infancia) es adecuar los recuerdos de la propia niñez a la mente de una criatura imaginada, buscando una interpretación que responda a los rasgos externos perceptibles. Esto, en general, tratándose de niños normales. ¡Cómo varía todo, entonces, cuando se considera el caso de uno cuyo cerebro se ha estacionado en la semi-inconsciencia, cuyo cuerpo siquiera responde a los períodos normales del desarrollo, y que a pesar de todo conserva en sí la capacidad maravillosa —patrimonio exclusivo de la infancia— de extasiarse ante el milagro de la vida, nunca quizá como en esa época tan plenamente intuído.

Tarea difícilísima y riesgosa, por lo tanto, captar las impresiones que se van registrando en una cabecita así; doble también el peligro de hacerlo argumento de novela, sin caer en la fastidiosa disección que más correspondería a trabajo de neurópata que de novelista. Pero Mauriac es, indudablemente, un novelista genuino, y la tarea en sus manos se convierte en una exposición conmovedora y humana. Logra, por gracia de su talento, instalarse dentro de Guillaume, el retardado (palabra injusta y cruel que habría que desterrar del léxico) y lo hace cumpliendo éste su mimetismo literario de una manera inobjetable y límpida.

Todo niño es, hasta una cierta edad indefinida, un poco extraño en la vida, a la cual, tal como la concebimos nosotros los grandes, no puede adaptarse. Los años se encargarán después de quebrarle ese cascarón de prodigio, esa facultad que tiene de interpretar lo ininterpretable, sumido como está en paisajes distintos, para los cuales tiene ojos felizmente también distintos a los nuestros. Ve donde nosotros no vemos, conoce cosas que ignoramos, platica con la fauna que habita al otro lado de los espejos, y logra permanecer hermano de lo más simple, que es a la vez expresión de lo más complejo. Desgraciado entonces el crecer, que vela los ojos, amontona saber donde no hace falta y cambia la natural ciencia del corazón por la otra, la impersonal y fría de los libros. Guillou pudo vivir, de dejárselo, el cuento maravilloso de su extraña niñez; en cambio fué torturado por la incomprensión y la aspereza de quienes le rodeaban, que nada le permitieron y todo le vedaron. (La infancia es, impalpablemente, la causa y motivo de más de una manera de vivir, el armazón de toda una conducta. No nos parece inoportuno recordar aquí, de paso, la frase de Rilke: *No se es de otro país que del de la infancia*). Mauriac, con su crudeza habitual, con ese acento tan suyo para decir lo que no puede ser callado, fustiga así a la sociedad de su tiempo, al virus contagioso de los *librepensadores* (tan de moda hace veinte o treinta años) encarnados en la figura del preceptor, que es el gran responsable y quizá el más desgraciado de los desgraciados del libro.

La sordidez del medio, las tintas sombrías y quizá aumentadas con deliberación, no conspiran contra la obra sino que la realzan; y no carece tampoco de belleza, antes bien la tiene en demasía, pero ceñida y dura y sin contemplaciones, porque la belleza puede ser también difícil de aceptar (por oposición citamos esta frase de Francia Jammes: *"Eran de una fealdad sagrada"*). Bella, casi sublime es la muerte de los dos hermanos (padre e hijo, y no decimos hermanos porque sí) como bella había sido la vida del padre, dedicado a cuidar del pequeño cementerio. Y el libro se cierra de la manera inevitable y presentida: con el castigo inmediato para unos, con la insinuación de un largo remordimiento para los otros. Cuidada, aunque no impecable, la traducción.

También a *Grandes Novelistas* pertenece *"La condena"*, de Kafka, libro dispar, no del todo bien traducido, aunque comprendemos las dificultades con

que se habrá tropezado, por tratarse en sí de una obra inconexa y deshilada. Nos hemos encontrado con un Kafka en ciertos aspectos distinto del que ya conocíamos; mucho más asequible, da la impresión de haber sido sorprendido en su intimidad, y no se desespera, como otras veces, por ocultarlo. De la serie de cuentos y relatos del libro —algunos de ellos verdaderos semipoemas— destacamos "La colonia penal", cuyo simbolismo evidentísimo escapa a todo comentario. De habérselo propuesto (o quizá se lo proponía y no pudo lograrlo por cierta hipersecreción glandular del pensamiento), Kafka hubiera sobrepasado en mucho a la literatura de nuestra época, ya que visión es lo que justamente parecía sobrarle.

Aunque obra kafkiana en esencia y contenido, "*El proceso*" (Colección *El Gran Teatro del Mundo*) tras pasar por las manos de dos de los malabaristas quizá más notables de nuestro tiempo —Gide y Barrault— conserva poco del sabor del original, aun cuando sale ganando, y mucho, en cuanto a la claridad de su significado. Y por ende nos hace comprender qué es lo que de Kafka nos choca tan profundamente (justamente lo que otros considerando su mayor mérito): el exceso de palabras, la infinita complicación, el "laberintaje" inacabable. Las arlequinadas de Barrault por una parte, y el anticlericalismo mal sofrenado de Gide, por la otra, destruyen en cierta medida la hondura metafísica de la obra, la cual, justo es decirlo, marca una rica perspectiva en cuanto a las posibilidades de llevar a Kafka —nada menos que a Kafka!— al teatro.

Joaquín Gómez Bas se presenta a nuestro conocimiento por la puerta mayor: la de los libros inovidables. Esta novela suya "*Barrio Gris*", que hemos leído con verdadera pasión, nos ha hecho pensar cómo se puede ser original en temas que parecían haber agotado ya todas sus posibilidades. Desde las novelas de Arlt (sobre todo "*El juguete rabioso*") que no leíamos nada semejante. Tratar el tema del arrabal sin caer en la chabacanería; hacer la historia de alguien desde que nace hasta que llega a la culminación (para el bien o para el mal) de su vida; dotar a su personaje de profundidad psicológica sin hacerlo profundo porque éste así lo exige; pintar el ambiente (tan difícil de pintar, tan incaptable) y hacer que el mismo, al ser retratado, no pierda su idiosincrasia ni su naturalidad, ya que de lo contrario desvirtuaría su razón de ser, todo esto y mucho más ha hecho Gómez Bas, que siente a lo hondo y que sabe transmitir lo que siente de la manera más rápida y directa.

Faltan, este libro nos lo demuestra, novelas nuestras que no sean las consabidas del campo para ser consideradas auténticas. Las buenas son pocas. La ciudad, el Buenos Aires propicio e ignorado, guarda aún muchas cosas y se las dice al que sabe escucharlas. Por suerte esta vez, quien las ha escuchado ha sabido repetirlas, encarnándolas a su través. El arrabal es, a pesar de que envuelve geográfica y ediliciamente a la ciudad propiamente dicha, su médula. De él nos llega este libro en el cual se convocan los colores más inteligentes de una paleta bien dotada, y a la par, como sin intentarlo, se rescata uno de los agudos problemas del hombre, y se desteje su historia por entre tipos y escenarios al cual más pintoresco y bien logrado. Novela nuestra y actual, con eso que los franceses han explotado en literatura —Sartre a la cabeza— pero careciendo las más de las veces de sinceridad. La auténtica novela porteña debería disputar, con Arlt como abanderado, el lugar que legítimamente le corresponde en nuestra hora. Y la de Gómez Bas, sin exageraciones, apuntala y aún afirma esta justa pretensión.

CÉSAR MAGRINI

I. ARTICULOS

A

Adípico, A. - <i>El Cine</i>	53
------------------------------------	----

B

Bacos, Constantina - <i>Religiosidad de la escuela antes de 1810</i>	190
Blasi, Alberto O. - <i>Baluartes de Ceniza</i>	338
„ Branbila - <i>Poemas</i>	332
„ „ <i>La ciudad sin nombre</i>	137
Beitía, Eugenio. - <i>Paternal prudencia en una dispensa papal</i>	57

C

Cardiff, Juan - <i>Una carta del Deán Funes</i>	309
Carron, Herberto - <i>Una condición y no una teoría</i>	221

D

De Rupertis, Víctor - <i>Adolfo Salazar y los "dos" Zípoli</i>	286
Díaz de Molina, Alfredo - <i>El Pbro. J. V. Molina</i>	304
Donini, Antonio - <i>Sobre un verso del Himno Nacional</i>	220

F

Ferreyra Videla, Vidal - <i>De los años del Martín Fierro</i>	302
Funes, V. I. - <i>Caseros</i>	80, 117
Furlong, Guillermo - <i>Fernando Trejo Trejo y Sanabria</i>	107
„ „ - <i>El pensamiento de Trejo y Sanabria</i>	276

G

González, Ariosto - <i>La Matriz de Montevideo</i>	113
„ Rubén - <i>Eclesiásticos en la expedición de Mendoza</i>	269

J

Junco, Alfonso - <i>Necesidad de la castidad</i>	354
--------------------------------------------------------	-----

L

Latinovich, Ladislao - <i>Los gitanos no proceden de Hungría</i>	185
Levillier, Ricardo - <i>Duarte Leite y Vespucio</i>	256

M

Magrini, César - <i>Concierto</i>	50
-----------------------------------------	----

Martínez, Galo - <i>La caída de Scobie</i>	131
" " - <i>A propósito de Barrabás</i>	203
" Prieto, J. M. - <i>El cordón de la vereda</i>	208
Messineo, A. - <i>Democracia y religión</i>	346

N

Núñez, Urbano - <i>Fray Elías y sus "Noticias"</i>	195
----------------------------------------------------------	-----

O

Ojer A., Félix - <i>Clero de Sud América</i>	348
----------------------------------------------------	-----

P

Pedemonte, Gotardo C. - <i>Responsabilidad del dirigente de personal en las empresas industriales</i>	169, 320
Peralta, Juan - <i>América sin nombre</i>	353
Pío XII - <i>La existencia de Dios a la luz de la ciencia natural moderna</i>	6
" " - <i>Presencia de los valores humanos en la reforma de la empresa</i>	85
Pruden, Juan - <i>Sombras en la vida de Javier</i>	251

S

Sierra, Vicente, Gerald - <i>Brenda y el Conde de Marval</i>	27
Solari Irigoyen, Hipólito - <i>El enigma</i>	141
Sosa, Telésforo - <i>El colegio ignaciano</i>	92
Stella, Santiago - <i>Rivadavia ante la posteridad</i>	174
Stocker, Raúl G. - <i>El hombre en crisis</i>	99

T

Tonda, Américo - <i>La reorganización del Cabildo Eclesiástico, después de Caseros</i>	312
Trostiné, Rodolfo - <i>La exposición en honor de Ricardo Güiraldes</i> ...	318

V

Vásquez, Francisco D. - <i>Romance de los gauchos de Güemes</i>	210
Villanueva, Salustiano A. - <i>Tic-toc</i>	42

W

Wast, Hugo - <i>Lo único que importa</i>	91
------------------------------------------------	----

ANONIMOS

Santiago Klappenbach, 21; *La ciencia va a Dios*, 3; *Medicina salernitana*, 343; *Moralidad del cine*, 341; *La Iglesia y el Psicoanálisis*, 248; *Toyubee y su sentido de la historia*, 241; *San Francisco Javier en su cuarto centenario*, 245; *Enemigos de la Geografía y la Enciclopedia de la Religión*, 146; *El Clero de la Revolución de Mayo*, 83; *Hernandarias*, 82; *Historia fraguada*

Levene, R. - <i>Las Indias no eran colonias</i> (R. A. Molina)	358
López Luna, A. - <i>El Gaucho Smith</i> (Blasi B.)	240

M

Mandolini G. - <i>Psicología Pedagógica</i>	374
Millé, Andrés - <i>La Recoleta</i> (D. Hermida)	363

P

Padilla, - <i>En conmemoración del Dr. E.</i> (V. Ferreyra V.)	396
Peña Batlle, Manuel - <i>La Isla de la Tortuga</i> (R. A. Molina)	230
" " " - <i>La Isla de la Tortuga</i> (G. Furlong)	370
Pidel Devoto, Juan - <i>Raíces coloniales de la revolución oriental</i> (J. C. Zuretti)	364
Plattner, Félix A. - <i>Jesuitas en el Mar</i> (G. Furlong)	373

Q

Quiroga, Malvina - <i>Estrella y Soledad</i> (V. Ferreyra V.)	256
---------------------------------------------------------------------	-----

R

Ruiz Guinazú, E. - <i>El Deán Zabaleta</i> (A. Tonda)	222
-------------------------------------------------------------	-----

S

Sabsayo, F. L. - <i>Historia y Geografía</i> (Blasi B.)	237, 157
Sánchez - <i>Cartas de Mariquita</i> (J. C. Zuretti)	241
Santos, Paulo - <i>La arquitectura religiosa en Louro Preto</i> (V. Nadal) Mora)	381
Santos, Paulo - <i>O Barroco e o Jesuitas</i> (V. Nadal Mora)	380
Sheen, Fulton J. - <i>Eleva tu corazón</i> (Rafael Rovira Vilella)	235
" " " - <i>Eleva tu corazón</i> (R. Brié)	376
Simoniello, Paulina - <i>La ciudad encantada</i> (Galo Martínez)	373
Stornia - <i>Revista</i> (J. J. Sonet)	355

T

Tonda, Américo A. - <i>Rivadavia y Medrano</i> (H. Storni)	223
Trenti R., J. Luis - <i>Catálogo de documentos</i> (G. Furlong)	361
Trostiné, R. - <i>Ignacio Baz</i> (G. Furlong)	228

V

Vargas Ugarte, R. - <i>Concilios Limenses</i> (G. Furlong)	154
------------------------------------------------------------------	-----

Z

Zuretti, J. C. - <i>Historia de la cultura Argentina</i> (G. Furlong)	150
----------------------------------------------------------------------------	-----